

Nación y racionalización: dos focos en tensión en los escritos políticos de Max Weber

Eduardo Weisz

Das *Eine* nur, nach dem ich brenne, ich find' es nicht
—mein Heimatland!

Richard Wagner, *El holandés errante*¹

Resumen

El presente artículo propone dos ejes para analizar los escritos políticos de Max Weber: Nación y racionalización. En primer lugar se analizan los ensayos weberianos para poner de manifiesto la presencia permanente de estos dos aspectos, cuyos significados y conceptualización por parte del autor son analizados. De estos análisis surge que entre ambos existe una tensión ineludible, la que trata de comprenderse a partir de la situación coyuntural en Alemania en primer lugar, en segundo desde la perspectiva histórico-universal de Weber y, finalmente, desde su búsqueda existencial para mantener un resto de libertad individual.

Palabras clave: Max Weber, nación, racionalización, II Reich, escritos políticos.

Abstract

Nation and rationality: the tension between these two focuses of analysis in Max Weber's political writings

This article puts forward two main axes for the analysis of Max Weber's political writings: Nation and rationalization. In the first place, Weber's essays are examined to

¹“Lo único por lo que ardo // no lo encuentro: mi Patria!”

show the permanent presence of these two aspects, their significance and conceptualization by the author. From this analysis it becomes evident that there is an unavoidable tension between both, which is being interpreted: 1) through the political situation in Weber's Germany, 2) through the author's universal-historical perspective and 3) through his existential search for a remainder of individual freedom.

Key words: Max Weber, nation, rationality, II Reich, political writings.

Desde sus primeros escritos en la última década del siglo XIX hasta su muerte en 1920, Max Weber recorrió una vasta diversidad de problemáticas que hacen imposible inscribirlo inequívocamente en una disciplina específica. En el marco de una producción tan heterogénea, existe sin embargo una preocupación clara que atravesó toda su vida: la política y, más específicamente, la alemana. Ya desde su infancia, y debido a la actividad política de su padre, los problemas políticos del Reich tuvieron una presencia permanente en su hogar. Desde su juventud fue un intelectual comprometido con la realidad de su país, y aspiró en diferentes oportunidades a ocupar un cargo político. Cuando tuvo la oportunidad, participó activamente de la vida política alemana, particularmente en el convulsionado periodo inmediatamente posterior a la Gran Guerra.²

La historia alemana enmarcó el compromiso de Weber con la política: su vida activa prácticamente coincidió con el periodo del Imperio Alemán. La era del *Kaiserreich* se iniciaba a comienzos de 1871 con la unificación alemana conducida por el emperador Guillermo I, con Otto von Bismarck como canciller, cerrándose tumultuosamente a fines de 1918 con la derrota alemana en la guerra y la ofensiva de los trabajadores organizados, en un escenario teñido por el triunfo bolchevique en Rusia. En esas décadas, Weber se involucró primero en el ascenso de Alemania a potencia política, económica y militar en Europa, luego en la Primera Guerra Mundial, y posteriormente en los intentos de encontrar una salida institucional a la crisis abierta con el fin de la monarquía. En agosto de 1919, con la promulgación de la constitución de Weimar —en cuyas discusiones Weber ocupó un importante lugar—, se cerraba formalmente la crisis, aunque en un contexto de fuerte inestabilidad, el que no se superaría hasta varios años después de la muerte de Max Weber en junio de 1920.

Este artículo se propone destacar, en primer lugar, los dos ejes que atravesaron todas sus intervenciones políticas: *I)* el problema de la nación alemana y, *II)* el proceso histórico-universal de racionalización que, en el ámbito de

² El hecho de que a fines de 1918 el canciller alemán Friedrich Ebert haya considerado nombrarlo Secretario de Estado del Interior —el cargo finalmente lo ocupó Hugo Preuss—, es una manifestación de cuán involucrado estuvo Weber en la política de su país.

la política, tiene su manifestación en la creciente preeminencia de la burocracia. Se analizarán sus intervenciones en diferentes instancias para mostrar cómo ambos problemas ocuparon un lugar central permanente. Luego de desarrollar estos aspectos, *III*) se analizará la tensión irreductible que estos dos ejes suponen, y se propondrán diferentes aspectos que permiten aprehender cómo se articulan en el autor ambas problemáticas. Esto permitirá tanto una comprensión más precisa de sus posiciones, como un abordaje a su intento intelectual y existencial, en tanto que sujeto moderno, de mantener *un resto de libertad* en un mundo desencantado.

Para el primero de los ejes, no será necesario ningún ejercicio heurístico: la defensa de la nación alemana fue un axioma explícito en las intervenciones políticas del autor. El segundo requerirá de una mayor justificación y contextualización. Su perspectiva sobre el proceso de racionalización creciente que caracteriza a la Modernidad occidental, fue en parte un producto de sus estudios posteriores al cambio de siglo. Y su mayor aprehensión del fenómeno, sólo una consecuencia de las investigaciones que realizó después de 1910, específicamente sus estudios comparados de diferentes civilizaciones. Sin embargo, mostraremos aquí que ya en sus primeros escritos políticos, aun cuando carente de una sistematización del mismo, el problema de la racionalización creciente no le era en absoluto ajeno.³

³ Dadas las diferentes formas de compilar los textos políticos de Weber en alemán, que a su vez en otros idiomas —castellano entre ellos— siguió diferentes criterios, es conveniente hacer algunas precisiones sobre nuestras fuentes. Las ediciones que Johannes Winckelmann y Marianne Weber comenzaron a publicar apenas fallecido Weber, tomaron el criterio de compartimentar los escritos dejados por el autor en diferentes áreas, entre las cuales estaba el de los escritos políticos —*Gesammelte Politische Schriften*—, publicado en 1921 por la editorial múniquesa Drei Masken Verlag. Diferentes ediciones de esta compilación, con algunas modificaciones, fueron el insumo principal de quienes se dedicaron a la perspectiva política weberiana durante muchas décadas. Los editores de las obras completas —*Max Weber Gesamtausgabe*— en cambio, utilizan otro criterio y en esta colección, que sin duda será crecientemente la referencia habitual, no existe algo así como *escritos políticos*. La intensa politicidad de Weber, ya señalada, tiene como consecuencia que existen aspectos políticos en muchos escritos que no fueron, ni hubieran podido de acuerdo con el criterio escogido, estar incluidos en la edición de 1921. Por eso recurriremos en este artículo también a textos que no forman parte de dicha compilación.

Dicho esto, es ilustrativo detenerse brevemente en la selección de artículos escogidos por Winckelmann y Marianne para su compilación de textos políticos. El primer texto incluido en esta compilación es de 1895, el último de 1919. En total, 34 textos, de muy variada extensión, que, salvo tres sobre Rusia, se centran en la política alemana. De los escritos sobre Alemania, sólo tres son anteriores a la Gran Guerra, y los últimos ocho posteriores a ésta, aunque entre estos últimos hay varios aún ligados a las consecuencias de la misma —por ejemplo, la cuestión de la “culpa” o el tratado de paz que se firmara en Versalles—. En el conjunto de los ensayos que forman parte de los *Gesammelte Politische Schriften* se distingue uno cuyo contenido no está *inmediatamente* ligado a la situación política: la célebre conferencia “La

El propósito de nuestro planteo será, entonces, doble. Por un lado, pertenece al campo de la historia de las ideas, en el sentido de que intenta aportar a profundizar las posiciones de uno de los autores clásicos de mayor relevancia y trascendencia, a entender su perspectiva y las tensiones que lo atraviesan. Por otro lado, y a partir de lo dicho, creemos que en lo que sigue pueden leerse también tensiones propias de la Modernidad. La tendencia inequívoca hacia la racionalización señalada por Weber, ha estado permanentemente, en el siglo XX y en el actual, cruzada por irrupciones nacionalistas, así como religiosas o emancipatorias, que, como en este caso, nos conducen a seguir revisando a los autores clásicos.

I. El concepto y la preeminencia de lo nacional

Para comenzar este apartado sobre el lugar que ocupa el problema nacional en Weber, es conveniente hacer referencia a alguna de las tantas manifestaciones en las que se posiciona taxativamente al respecto. Esto permitirá mostrar que, aunque las contingencias atravesadas por Alemania lo condujeron a dedicarse exhaustivamente a problemas políticos variados —el lugar del Parlamento, el papel del líder, el del sufragio, los partidos políticos o las consecuencias de la herencia política de Bismarck, por nombrar algunos—, todos ellos fueron encarados sin ambages desde un centro de gravedad, el de la nación alemana. Esto permite exponer, también, que en Weber cualquier otro valor, sea el de los principios democráticos o, incluso, el de la vida humana, estuvo subordinado a dicho centro.

Así, por ejemplo, en la célebre serie de artículos escritos para el *Frankfurter Zeitung* en 1917, luego publicados con cambios en 1918 bajo el título de “Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada”, Weber advertía que sus argumentos sólo pretendían interpelar a quienes considerasen que, “por principio, las tareas históricas de la nación alemana [...] se encuentran *por encima* de todas las cuestiones sobre su *forma* estatal” (Weber, 1988h: 306 [1991b: 105]).⁴ Y unas páginas más adelante reafirmaba que “por sobre la de-

política como vocación/profesión” (“Politik als Beruf”), en la que Weber trata problemas *relativamente* más abstractos sobre el lugar del político y de los partidos en la Modernidad; es decir, con menor referencia explícita a la situación concreta del momento en el cual fue pronunciada, en enero de 1919.

⁴ En todos los casos, citamos a Weber indicando en primer lugar la referencia a la edición en alemán —de la cual la traducimos—, y agregamos entre corchetes la referencia a la edición en castellano. Igual criterio utilizamos para las referencias a la biografía escrita por su esposa, dado que en todos los casos remiten a cartas o discursos del propio Weber.

mocracia y el parlamentarismo están, evidentemente, los intereses vitales de la nación” (Weber, 1988h: 309 [1991b: 109]).

Si bien estas afirmaciones fueron hechas en el marco de la Gran Guerra, su preocupación no era en absoluto un producto de la situación bélica y de las pasiones que ésta suele despertar. No era otro el criterio fundamental que debía definir una política económica en tiempos de paz. En 1895, en su discurso al hacerse cargo de la cátedra de economía política en la Universidad de Friburgo —luego publicado con el título “El Estado nacional y la política económica”—, Weber afirmaba que “los intereses de poder de la nación son el último y determinante interés al servicio del cual debe estar su política económica” (1988c: 14 [1991a: 85]). Este discurso está atravesado en su totalidad por la preocupación por la nación alemana, más específicamente, motivado por la pérdida de la identidad nacional ante el flujo inmigratorio de trabajadores polacos a la provincia alemana de Prusia Occidental, al este del río Elba. Los escritos anteriores, que habían surgido específicamente de sus investigaciones sobre los trabajadores agrícolas en esa región, tienen también esta impronta axiomática que Weber asumía explícitamente: “los intereses vitales de la nación” (Weber, 1988k: 507). También sus trabajos sobre la bolsa, en 1892, tenían al problema de la nación como uno de sus ejes. En el marco de una discusión a partir de una propuesta del gobierno para regular el mercado de acciones, entre otros aspectos Weber señalaba que toda regulación debía tener como referencia decisiva “la protección y expansión de la posición internacional del mercado alemán...” (cit. en Mommsen, 1984: 73 y ss.).

Sea en el marco de la competencia económica como en estos casos, sea en el de la militar como en el contexto de la guerra, la nación constituyó la piedra angular de sus posiciones políticas. Veamos, entonces, cuál es su concepción de nación y en qué tradición se inscribe.

La nación en la tradición alemana

Las posiciones de Weber en torno al problema nacional deben ser vistas a la luz de una larga tradición. En ésta, la nación era vista como una unidad espiritual y cultural, frente a la que, en comparación, lo político y estatal aparecía como mecánico e inferior. Sólo a los fines de brindar un sucinto contexto al pensamiento de nuestro autor, nos detendremos, basándonos en la literatura secundaria, en este marco que precede y condiciona su concepción.

En la literatura sobre el problema nacional, suele distinguirse el modelo de *nación cultural* del de *nación política*, siendo el primero particularmente determinante en los países donde el Estado moderno se desarrolló con mayor

retraso en el continente europeo —Alemania e Italia fundamentalmente—. En estos casos, como señala Alessandro Campi, la nación toma la forma de una “comunidad popular basada en la cultura, la lengua y las tradiciones históricas”; es anterior al Estado y, sobre todo, y en comparación con, por ejemplo, Francia o Inglaterra, relativamente independiente del mismo (Campi, 2006: 92 ss.; *cfr.* al respecto también Breuer, 1996: 122). En este contexto, la concepción alemana de nación, destaca Campi, supone “una fisonomía espiritual absolutamente única e irreductible” (Campi, 2006: 129). Así, en Johann G. Herder (1744-1803), la *Kulturnation* se manifiesta en los individuos que la componen, unidos por la lengua y la cultura, características que ninguna estructura política puede modificar pues residen en la naturaleza y tradiciones, más duraderas que cualquier lazo institucional. Para este iniciador del *Sturm und Drang*, lo nacional se expresa, fundamentalmente, en la literatura y los cantos populares, en el folclore y la poesía oral, es decir, en manifestaciones del alma profunda de la nación. También Friedrich Schiller (1759-1805) diferenció enfáticamente la nación —ligada a una cultura estética— del Estado: “aunque se hunda el Imperio, la dignidad alemana permanece intacta. [...] Esta dignidad es una magnitud moral, reside en la cultura y en el carácter de la nación, la cual es independiente de sus destinos políticos” (cit. en Breuer, 1996: 123). Johann G. Fichte (1762-1814), a su vez, expresaba la misma idea: el Estado no es algo “primero y existente por sí mismo”, sino sólo el medio “para el fin superior de la formación [...] de lo puramente humano en esta nación” (cit. en Breuer, 1996: 123).

Estos antecedentes marcaron la perspectiva sobre la nación en el universo cultural alemán del siglo XIX. El surgimiento del Estado moderno en Alemania, la unificación en 1871, ubicó evidentemente la problemática del Estado en otro lugar, enlazándose ahora con la concepción de *Kulturnation*. La nación, en tanto que comunidad de sangre, comienza a articularse ahora con el Estado, en tanto que es a través de éste que esa comunidad es capaz de lograr su autonomía histórica y moral. El pensamiento alemán de principios del siglo XIX sobre la nación, así como la articulación con el Estado que comienza a conceptualizarse posteriormente, fueron referencias ineludibles del pensamiento nacional weberiano.

Dimensiones del concepto de nación en Weber

En la ya mencionada conferencia impartida por Weber en Friburgo, podemos encontrar la articulación entre nación y Estado que acabamos de mencionar. El Estado nacional, señalaba allí, es la organización terrenal del poder de la

nación (*cf.* Weber, 1988c: 14 [1991a: 85]). Esta misma perspectiva aparece reiteradamente, por ejemplo en la segunda parte de *Economía y sociedad* —escrita antes de la guerra—, donde afirma que “con el concepto de ‘nación’ nos vemos siempre remitidos a su relación con el ‘poder’ político” (1980: 244 [1992: 327]). En este sentido, entonces, el concepto weberiano de nación se diferencia claramente del Estado, pero ambos están necesariamente articulados. Intentaremos señalar los elementos centrales con los que este autor define el concepto de nación: como mostraremos, creemos que pueden encontrarse dos dimensiones, una de carácter cultural y la otra de carácter político.

En cuanto a lo primero, la nación es para Weber un concepto multívoco, caracterizado por un sentimiento específico de solidaridad entre individuos de un grupo, el que se pone de manifiesto frente a otros; en este sentido, está definido por un prestigio sentido en común por el grupo. Es distinto al pueblo de un Estado —los austriacos, por ejemplo, forman parte de la nación alemana perteneciendo a otro Estado—, distinto a un grupo con una lengua común —estadounidenses, irlandeses e ingleses comparten la lengua sin constituir una nación—. Suele basarse en la posesión común de bienes culturales⁵ por parte de una comunidad lingüística pero, más específicamente, en la idea de que esos bienes son superiores e irremplazables, y que sólo pueden resguardarse y desarrollarse mediante el cultivo de la singularidad de esa comunidad (*cf.* Weber, 1980: 527 ss. [1992: 678 ss.]). A esto se suma la idea —en otro apartado de *Economía y sociedad*—, de que la nacionalidad supone una vaga idea de una comunidad de origen subyacente, lo cual se relaciona con costumbres, frecuentemente —aunque no es determinante como vimos— una lengua común, recuerdos políticos comunes, una confesión religiosa, y un *habitus* condicionado racionalmente (*cf.* Weber, 1980: 242 ss. [1992: 324 ss.]).

En cuanto a la dimensión política, el concepto de nación supone un destino político común, y esto significa, “antes que nada, luchas políticas comunes, de vida o muerte”; esos destinos comunes “anudan comunidades de recuerdos, los que frecuentemente tienen mayor influencia que las ligazones de las comunidades de cultura, lengua u origen” (Weber, 1980: 515 [1992: 662]). Nación es, entonces, también lucha política. De ahí que, como se señala en otra parte de *Economía y sociedad*:

Siempre con el concepto de “nación” nos vemos remitidos a la relación con el “poder” político. Evidentemente por lo tanto, lo “nacional” —en la medida en que es

⁵ El término “bienes culturales” es de frecuente uso en el idioma alemán, por lo que conviene hacer aquí una breve aclaración. Comprende bienes de importancia arqueológica, histórica, literaria, artística o científica, pudiendo también referir al acervo de bibliotecas, archivos, museos, así como a edificaciones, como iglesias, conventos o monumentos.

algo unívoco— es un tipo específico de pathos en un grupo de personas —unido por la comunidad de lengua, confesión, costumbres o destino—, que se vincula con la idea de estar ligado a una organización de poder propia, ya constituida o anhelada por el grupo. Y es de hecho más específico, cuanto mayor sea el énfasis en el “poder”. (Weber, 1980: 244 [1992: 327])

Estas dos dimensiones de lo nacional fueron inescindibles para Weber. Así, en un escrito de fines de 1917, señalaba con pesar por la herencia que esto suponía, que si bien la importancia de los clásicos alemanes podía explicar cómo Alemania había llegado a estar a la vanguardia de la cultura —en una etapa de escasa trascendencia política y hasta de dominación extranjera—, para esas generaciones pretéritas “la naturaleza de nuestro Estado moderno estaba por completo por fuera de su horizonte” (1988g: 286 [1982b: 211]).

La dimensión política, la relación de la nación con el poder, fue un componente permanente en las intervenciones políticas de Weber. Su concepto de democracia, por ejemplo, era por completo ajeno a cualquier concepción ligada a un derecho natural que poseerían los ciudadanos y por el cual participarían en las decisiones políticas a través de sus representantes. La participación en la vida política, en la mirada de Weber, está más bien al servicio de fortalecer el sentimiento nacional: “El orgullo nacional está en relación a la medida en la que los que pertenecen a una nación coparticipen, al menos según sus posibilidades, en la configuración de la política de su país” (1988h: 441 [1991b: 297]).⁶

La importancia decisiva del carácter legítimo de un régimen residía frecuentemente para Weber en la fortaleza del sentimiento nacionalista que éste era capaz de fomentar: la legitimidad era un factor determinante para que la población se posicione subjetivamente en defensa del propio Estado frente a otros. Por eso, el problema del régimen estaba subordinado al problema nacional, no suponía un valor intrínseco de la democracia. En la mirada de Weber, la democracia era, en última instancia, sólo un medio para unificar las energías políticas de la nación. Por esta razón, las propuestas político-institucionales que propuso frente a la caída del II Reich estuvieron subordinadas a los valores nacionales.

Esto nos conduce a un aspecto central que subyace a la dimensión política de lo nacional en Max Weber.

⁶ Cabe agregar que Weber no tenía ninguna esperanza pacifista en la coparticipación en la política de la nación: quien pretende incidir “en el desarrollo político de la patria [...] no puede ser demasiado sentimental si quiere impulsar una política terrenal”. Debe reconocer “la inevitable eterna lucha de los seres humanos entre sí en la tierra” (Weber, 1988d: 28 ss.).

La nación frente a otras

En su libro de 1907, *Weltbürgertum und Nationalstaat*, Friedrich Meinecke destacaba la idea de que “toda la historia universal no es más que un gran proceso particular, un gran entrelazamiento y cruce de procesos nacionales y universales” (cit. en Campi, 2006: 139). Esta clave de época permite detenerse en la mirada con la que Weber destacaba el peso de lo político y del poder al pensar la nación. Como señala Breuer, para este autor “había una esfera apropiada para mantener viva e inflamar siempre de nuevo la fuerza del carisma [de la nación, E. W.], que en el interior de las sociedades tendía a desaparecer: la esfera de las relaciones interestatales” (Breuer, 1996: 135).

Ya en su discurso de Friburgo lamentaba las diferencias entre el proletariado alemán, inmaduro, políticamente inculto, frente al inglés y francés, ejercitados permanentemente por el papel de potencia (*Machtstaat*) de esos países (cfr. Weber, 1988c: 22 ss. [1991a: 96 ss.]). En ese momento, en un escenario de paz, el carácter de potencia estaba asociado a la disputa económica por la influencia en regiones de África y Asia, la que tensaba el escenario internacional en un contexto en que el atraso alemán había perjudicado su posibilidad de acceder a colonias en otros continentes. Pero el carácter expansionista del capitalismo constituía para Weber su forma normal, su lógica interna, la consecuencia inmediata de la búsqueda de lucro (cfr. 1980: 526 [1992: 676 ss.]).

No era, sin embargo, la dimensión económica la más determinante para Weber en las relaciones interestatales en Europa. Veía, a su vez, el lugar de Alemania en el mundo a través de un prisma no económico, el que remite directamente a la dimensión cultural ya señalada. Es insistente su preocupación en que la nación alemana, su cultura específica, deje su impronta en la sociedad del futuro. Esta es una responsabilidad que concierne a las grandes potencias: frente a la incidencia política y, en particular, cultural de las otras potencias —Rusia, Francia e Inglaterra sobre todo—, llama recurrentemente a que también la cultura de su país deje su marca en el destino de la humanidad universal —una idea ya presente en Herder y en Humboldt—. La patria, escribía, es “el país de *nuestros descendientes*” (Weber, 1988h: 440 [1991b: 295]). Y a éstos sólo puede ofrecérseles “la eterna lucha por mantener y robustecer nuestra forma nacional” (cfr. Weber, 1988c: 14 [1991a: 85]). Por eso, escribía en 1916, marcando la diferencia entre las potencias y los países de menor importancia:

[n]o es a los daneses, suizos, holandeses o noruegos a quienes la futura estirpe, nuestros descendientes sobre todo, harán responsables, si el poder mundial —en

última instancia: la disposición sobre la idiosincrasia de la cultura del futuro— se compone, sin que hayamos luchado, de los reglamentos de los funcionarios rusos por un lado, las convenciones de la “society” anglosajona por otro, tal vez con un suplemento de “raison” latina. *En lugar de lo nuestro*. Y nos harán responsables con todo derecho.

De lo que se trata aquí es de una “responsabilidad frente a la Historia”, ante la cual una potencia se diferencia de otros pueblos. Lo contrario, señalaba provocativamente, sería dedicarse a resguardar “valores culturales pueblerinos (*Kleinvolk-Kulturwerte*)” (Weber, 1988f: 143 [1982a: 31]).

Esto se relacionaba en Weber con el prestigio al que cada nación, y las poderosas en particular, debía aspirar (*cf.* Weber, 1980: 520 [1992: 670]). La arena internacional es la de entidades autónomas, cada una con sus intereses económicos y particularidades culturales, y en las que las potencias pugnan, con el poder militar si es necesario, para hacer valer estos intereses y particularidades. Por eso, ya comenzado el conflicto bélico, Weber no dudó en que —en este caso en relación con Gran Bretaña— “en cualquier guerra deberíamos tener que utilizar, por nuestra dignidad, intencionadamente la violencia contra Inglaterra, para oponernos al intento de un control y ultraje como el que ésta ejerce contra otros poderes, también contra otras potencias” (Weber, 1988e: 116).

De ahí que su entusiasmo con el comienzo de la guerra es difícil de exagerar. En una carta de agosto de 1914, apenas comenzado el conflicto bélico, Weber daba las gracias al destino por haberle permitido vivirla, pues “más allá de cual sea su resultado —esta guerra es grandiosa y maravillosa—”, aunque lamenta que no hubiera ocurrido 25 años antes como para que su edad le hubiera permitido participar en el campo de batalla (*cit.* en Marianne Weber, 1984: 530 [1995: 487]). Como escribía casi simultáneamente en el “Excurso” de sus textos sobre sociología de la religión, “[I]a comunidad del ejército que está en el campo de batalla se siente hoy [...] como una comunidad hasta la muerte: la más grandiosa” (Weber, 1988b: 548 [1998b: 538]).

También en esta etapa, evidentemente, las formas institucionales tienen como criterio último estar al servicio de la tarea histórica del país. De lo que se trata, escribía en 1917, es de “si *nuestra* nación puede incidir decisivamente en este proceso completamente universal. La estructura interna, también la política, tiene que adecuarse a la tarea de poder hacerlo” (Weber, 1988h: 443 [1991b: 300]). Como parte de esta concepción, Weber se ocupó de defender en diversos escritos y discursos la necesidad de avanzar hacia el sufragio universal, pero con el objetivo explícito de permitir el voto a los soldados que vuelven del frente. Solamente así, insistía, los soldados tendrían el ánimo de

volver a defender a la patria cuando sea necesario (*cf.* por ejemplo, Weber, 1988h: 406 [1991b: 249]).

Inmerso en este espíritu, Weber tuvo una intensa vida política en los años de la guerra, involucrándose e incidiendo públicamente en las discusiones de mayor relevancia. Sobre la política exterior alemana, y en el marco de su apoyo a la intervención alemana en la guerra, mantuvo sin embargo una relación moderada frente a los sectores pan-germanos y frente a los sectores que impulsaban una política más ambiciosa en lo militar. No menos intensa fue su participación en los conflictos internos de un régimen, el de Guillermo II, crecientemente debilitado por la guerra. Su evidente agotamiento condujo a que el problema de cómo articular las instituciones del Estado en un futuro nuevo régimen estuviera cada vez más en discusión, un debate que se prolongaría hasta la promulgación de la Constitución de Weimar, en agosto de 1919. En todos los casos, la defensa de lo nacional frente a la creciente debilidad de Alemania constituyó explícitamente el fundamento de sus posiciones.

Los valores nacionales de Weber no fueron en modo alguno sacudidos por la derrota militar de Alemania, ni por el subsiguiente colapso del Reich. Más bien, sus sentimientos se aceleraron con gran apasionamiento, mientras observaba un retroceso general del pensamiento nacionalista. Incluso ahora, frente a la derrota, el lugar de poder internacional de la nación alemana siguió siendo mucho más importante que los temas domésticos.

Muchas de sus posiciones más elocuentes y virulentas no están entre sus escritos, sino que fueron vertidos en discursos públicos o se expresaron a través de su correspondencia a allegados.⁷ Es allí que puede apreciarse la indignación de Weber frente a las exigencias de las potencias triunfadoras, las que consideraba indignas para ser reclamadas a una potencia, y que lo llevaron a exigir “mayor honor” de parte de los negociadores alemanes (cit. en Mommsen, 1984: 311). A partir de noviembre de 1918 —el 11 de ese mes se aceptaba el armisticio—, Weber recorrió varias ciudades llamando incluso a mantener una Alemania irredenta, a utilizar métodos revolucionarios para tal fin, puesto que “quien no está dispuesto a arriesgarse al cadalso y a la prisión, no merecerá el nombre de nacionalista en el futuro” (cit. en Mommsen, 1984: 313). En diciembre de 1918 escribía en una carta que era deseable y preferible sufrir la vergüenza de una ocupación extranjera pues esto, esperaba, podría despertar una resistencia apasionada por parte del pueblo (cit. en Mommsen,

⁷ En lo que sigue en este apartado nos basamos centralmente en el clásico estudio de Mommsen de 1959: *Max Weber und die deutsche Politik*, a falta de, hasta lo que sabemos, alguna edición de la *Max Weber Gesamtausgabe* en alguna biblioteca en Argentina. La sección II de las obras completas —compuesta por 12 volúmenes— está dedicada a las cartas escritas por Weber, y su consulta hubiera sido sin duda de gran utilidad para profundizar en sus posiciones.

1984: 312). Por eso, al asumir la dirección de una cátedra en la Universidad de Múnich —a mediados de 1919—, señalaba en su discurso inaugural que el único objetivo posible era considerar el tratado de paz como papel mojado (*cf.* Marianne Weber, 1984: 673 [1995: 600]).

En esto, como señala el propio Mommsen luego de citar diversas cartas y discursos, la orientación heroica de Weber hubiera probablemente implicado, de haberse seguido, mayores represalias contra el Reich, empeorando la ya difícil situación (*cf.* Mommsen, 1984: 314). Es este el momento en que, probablemente con mayor ahínco que en cualquier otro, Weber aspiró a ocupar un cargo público.

El prestigio de la nación alemana, la variable decisiva en su concepción de nación, no podía estar más devaluado. La caída del Reich y el proceso de democratización estaban marcados por una impronta que le resultaba intolerable. Como escribía en una carta a Marianne en julio de 1917: “En el futuro dirán aquí que ‘el mundo exterior nos forzó hacia la democracia’. Esto es una herencia miserable” (cit. en Mommsen, 1984: 259).

Nacionalista apasionado, escribía en una carta apenas finalizada la guerra: “Debemos, una vez más, reconstruir Alemania desde la nada, y lo haremos. Aun así, valdrá la pena ser alemán” (cit. en Mommsen, 1984: 286).

II. El proceso histórico-universal de racionalización

La segunda dimensión omnipresente en los escritos políticos de Max Weber está asociada a las consecuencias del proceso de racionalización. También en este caso, son pocas sus intervenciones que no lo mencionan, que no destacan su creciente preeminencia. Más específicamente, su preocupación se centraba en la manifestación fundamental en la esfera política de la racionalización característica del moderno Occidente: la tendencia a la burocratización de las instituciones.⁸

El núcleo de su pensamiento es que “el desarrollo de un funcionariado de carrera (*Berufsbeamtenum*) se convirtió en el destino de todas las democracias modernas en las que no alcanza con los cargos honoríficos, es decir, en los grandes Estados de masas” (1988m: 495 [1991c: 310 ss.]). No nos detendremos aquí en las características de la administración burocrática y las de estos funcionarios, los que son descriptos como tipos-ideales en *Economía y sociedad*.⁹ Si bien estas características son el aspecto decisivo para

⁸ Mencionaremos sólo algunos aspectos de este proceso estudiado por Weber, pues la literatura secundaria al respecto es sumamente vasta.

⁹ Centralmente, puede verse esta descripción en la primera parte de la obra, la parte “nue-

entender la función que cumplen en el Estado moderno, en absoluto es esto lo que más le interesa destacar en sus textos políticos.

La eficiencia de esta forma de administración es incontrovertible: “sin ella estaría amenazada la función meramente técnica del aparato estatal [...] Necesidades puramente técnicas, ineludibles, de la administración motivan este desarrollo” (Weber, 1988j: 516 ss. [1998c: 102]). Es aquí justamente donde yace el problema. Ni la administración del Estado, ni la de las empresas, tampoco la de instituciones complejas como la universidad o el ejército, pueden llevarse a cabo si no es por medio de ella, y es aquí, en su eficacia, donde reside la causa de esta “inevitable burocratización universal” (Weber, 1988m: 498 [1991c: 315]). Es justamente en esta tendencia ineludible en la que radica la preocupación de Weber.

La comprensión del carácter de esa tendencia fue relativamente tardía. Es a partir de 1910 que, por medio del estudio de las religiones en las grandes civilizaciones, Weber se centró en el proceso histórico-universal de racionalización. Como explica Mommsen,

[e]stas ideas sobre la inevitable rutinización y racionalización formal de todas las cosmovisiones religiosas se inscribían en una noción específica del curso de la historia universal. Esta noción constituye lo que subyace a los elaborados intentos de apreciar correctamente la naturaleza y el funcionamiento de las burocracias, tanto en el pasado como en el presente, en los diversos niveles de la vida social, notoriamente en las esferas política y económica, pero también en los subsistemas cultural y educacional de las sociedades industriales avanzadas. (Mommsen, 1992: 110)¹⁰

Este es el núcleo fundamental de la perspectiva de Weber: la inexorabilidad del proceso de burocratización se enmarca en una tendencia que atraviesa milenios, y se proyecta en todas las civilizaciones. Como ya hemos visto en algunos fragmentos, y podríamos citar innumerables más, se trata de un *destino*, de un derrotero inscripto en el futuro de la humanidad.¹¹ El proceso es

va” (1980: 124 ss. [1992: 173 ss.]), así como también en la segunda parte (1980: 551 ss. [1992: 716 ss.]).

¹⁰ Este es el proceso que Weber analiza en su “Excurso” en los *Ensayos sobre sociología de la religión*. Desarrolla allí las fuerzas motrices de un desarrollo histórico universal que tiene lugar en todas las civilizaciones y que tiene a las religiones como desencadenante. Una conjunción singular de variables, la Reforma protestante entre ellas, permite en Occidente la hegemonía de una racionalidad instrumental que tiñe todos los órdenes de la vida social y que tiene a la burocracia como su expresión en el orden político.

¹¹ Esta tendencia histórico-universal puede leerse en Weber como una filosofía de la historia típico-ideal, una herramienta para abordar sus estudios sustantivos que lo llevan a analizar los

ineluctable, el camino está trazado al punto que, señalaba, la modernización del Estado puede medirse de acuerdo con su grado de burocratización, una “escala inequívoca”. “[E]l futuro le pertenece a la burocratización”, concluía, la que tiene “un carácter *irrevocable*” (Weber, 1988h: 320; 327; 330 [1991b: 126; 137; 141]). La perspectiva política de Weber está, por lo tanto, constituida también de acuerdo con ese horizonte. Como señaló Ralph Schroeder, “[1]a rutinización del mundo moderno —tanto en términos de la propagación de la dominación burocrática como en los de la adaptación de las masas a una forma rutinaria de vida social— representa el trasfondo contra el que se desarrolla el punto de vista político de Weber” (Schroeder, 1992: 120).

La afirmación de Schroeder, cuyo análisis ahonda en la perspectiva cultural weberiana, nos permite desagregar dos aspectos diferentes —dominación burocrática y vida social rutinaria— de la aprensión de Weber frente a este proceso.

Las consecuencias de la burocratización en la política alemana

En las advertencias de Weber pueden reconocerse varias aristas relacionadas con el proceso histórico alemán en el que buscaba intervenir. En primer lugar, la forma de conducir el proceso de modernización por parte de Bismarck, así como la debilidad propia de la burguesía alemana de la cual Weber era muy crítico, provocaron una situación en la que el funcionariado conducía los aspectos fundamentales de la política alemana, sin que por encima de este eficiente aparato haya políticos capaces de dirigir al país. El “espíritu rector” del político difiere radicalmente de la responsabilidad del funcionario. El primero debe actuar según sus convicciones, lucha con pasión por ellas, y es responsable por las consecuencias de actuar de acuerdo con las mismas. El segundo cumple su función en la medida en que obedece las directivas que recibe y actúa de acuerdo con los deberes y derechos de su cargo. La ausencia de políticos en Alemania resultaba en la fragilidad institucional y la imposibilidad de avanzar como potencia a la altura de otros Estados poderosos. Los problemas técnicos de la administración tienen su importancia, escribía, pero “[m]ucho más determinante para el futuro de Alemania es la cuestión de si la burguesía desarrollará masivamente un nuevo *espíritu político*, dispuesto a asumir responsabilidades y seguro de sí” (Weber, 1988i: 453 ss. [1982c: 259]).

factores que propiciaron o entorpecieron el proceso de racionalización. Hemos analizado esto en Weisz (2011).

En segundo lugar, su preocupación por el peso del funcionariado tenía también un fundamento que aparece fuertemente en los escritos políticos al finalizar la guerra, pero cuya argumentación había sido expresada ya en varias reuniones de la *Verein für Sozialpolitik*, una década antes —en 1905, 1907 y 1909—. Allí Weber se había pronunciado contundentemente contra un ala de la *Verein*, Gustav Schmoller y Adolf Wagner, entre ellos, que consideraba a la burocracia por encima de los intereses en pugna en la sociedad. No vamos a detenernos aquí en este aspecto que no es el central para nuestros fines, pero lo que preocupaba a Weber en esas posiciones era que favorecieran el fortalecimiento de un estrato que cuenta con mecanismos para perpetuarse en el poder —básicamente por su conocimiento específico sobre los resortes administrativos— y que, dadas sus características estamentales, defiende sus privilegios, a la vez que lo unen lazos decisivos con los *Junkers* y sus intereses.¹²

Es frente a estos aspectos de la burocracia, político y estamental, que Weber interviene una y otra vez. Tanto su propuesta de revitalizar el Parlamento —1917/1918—, como la que hace énfasis en el surgimiento de un líder carismático, de una democracia de líder (*Führerdemokratie*) —1918/1920—, apuntaban explícitamente a controlar la burocracia, de modo de permitir las condiciones para el surgimiento de verdaderos políticos.¹³

Sin embargo, las propuestas planteadas por Weber habrían podido contrarrestar sólo parcialmente el peso de la burocracia, acercando a Alemania a las formas de gobierno de otras potencias. Pero, no obstante, no podrían dejar de ser estériles frente al proceso inequívoco hacia la burocratización. Antes de analizar el sentido de sus posiciones que, al menos parcialmente, estaban condenadas a sucumbir frente a un *destino* inevitable, es necesario señalar el otro aspecto de sus aprensiones.

Las consecuencias sociales de la racionalización

La tendencia que Weber aprehende a partir de estudiar las religiones universales no sólo tiene consecuencias en la construcción política de la nación, tiene a la vez un poderoso efecto social: el desarrollo de un individuo que tiene en el orden, en la disciplina y en la regularidad su principal motivación. Esto supone

¹² Para este aspecto problemático del funcionariado alemán puede consultarse Beetham (1979: 95 ss.), en donde se analizan las intervenciones en esas reuniones de la *Verein*.

¹³ La agudización de las tensiones políticas motorizada por los sectores populares, radicalizados a partir del levantamiento de los marineros en Kiel en noviembre de 1918, subyace a su giro hacia un esquema de gobierno en el que un líder carismático tenga mayor preeminencia.

la pérdida moderna del comportamiento basado en valores y su reemplazo por cálculos estrictamente formales o técnicos para definir los medios más eficientes para alcanzar fines ya dados. El análisis histórico-comparativo sobre diferentes civilizaciones, que Weber realizó en su última década de vida, le brindó el marco para entender y poner en contexto la perspectiva que ya había plasmado al final del segundo ensayo sobre la ética protestante, en 1905. Allí describía la carcasa dura como el acero —*stahlhartes Gehäuse*— en la que vive el individuo moderno,¹⁴ desechando trágicamente cualquier posibilidad de que algo pudiera modificar esta situación (*cf.* 1988a: 203 [1998a: 199]). En “Parlamento y gobierno...”, en 1917, Weber acudía a la misma metáfora, al señalar que si se diera fin al capitalismo privado, no acabaría con él la carcasa acerada —*stählernes Gehäuse*— del moderno trabajo industrial; más bien, la dirección de todas las empresas pasaría a ser burocrática (*cf.* Weber, 1988h: 331 [1991b: 143]). Pues la organización burocrática es una “*máquina viviente*” que determina la vida de los individuos, “espíritu coagulado” que, comparaba, determina el modo de vida al igual que la máquina lo hace con los obreros en la fábrica. Máquinas y burocracia se unen para dar lugar a “la carcasa de la servidumbre del futuro en la que, posiblemente [...], algún día las personas serán forzadas, impotentes, a someterse, *si el último y único valor que habrá de decidir la forma de conducir sus asuntos sea la buena —en el sentido estrictamente técnico—, es decir, la racional administración y provisión a cargo de funcionarios*” (Weber, 1988h: 332 [1991b: 144]).

Frente a esta desolada perspectiva, la fundamental pregunta que Weber nos formulaba —y a la que volveremos en el tercer apartado— es, ¿cómo “frente a esta supremacía de la tendencia a la burocratización, es *en realidad todavía posible* rescatar *algún* resto, en *algún* sentido, de libertad de movimiento ‘individual’?” (1988h: 333 [1991b: 145]).

III. Nación y racionalización: tensiones y búsquedas

En este apartado procuraremos relacionar los dos aspectos que venimos de desarrollar, puesto que no puede soslayarse que ambos ejes de los escritos políticos están en una tensión irreductible. Presentaremos esta dicotomía, para después intentar diferentes explicaciones que puedan articularlas.

¹⁴ Parsons tradujo esa expresión como *iron cage*. Pese a los varios problemas que esta traducción tiene —no tiene mayor sentido detenerse en esto en este artículo—, la expresión “jaula de hierro” ha logrado imponerse, al menos en inglés y en castellano, al punto de estar hoy indisolublemente asociada a Weber.

Dos focos en tensión

Frente a una propuesta de la *Verein für Sozialpolitik*, motivada por la resonancia de su Tesis de Habilitación sobre la historia agraria romana, Weber encaraba su estudio, a comienzos de la década de 1890, sobre la situación al este del río Elba. Este es un buen punto de partida para poner de manifiesto las tensiones en las que queremos detenernos. Racionalización y nación subyacen a su análisis del proceso migratorio por el cual, desde 1870, importantes contingentes de trabajadores agrarios polacos cruzaban la frontera para establecerse en esa región oriental de Alemania. Por un lado, la lógica del cálculo de los propietarios de las tierras en esos territorios, para quienes los campesinos polacos constituían una fuerza laboral indudablemente conveniente desde el punto de vista de la *racionalidad* del capitalismo. Por otro, la creciente preocupación por el hecho de que zonas enteras de Alemania estaban quedando bajo el influjo de la cultura polaca, debilitándose fuertemente el carácter *nacional* alemán en dicho territorio.

Según Mommsen, Weber interpretaba en esa situación un conflicto entre los intereses de las haciendas agrarias capitalistas y los principios del Estado nacional (Mommsen, 1984: 24). Se hace ya ahí evidente su tendencia a supeditar las políticas sociales y económicas a los intereses de la nación, enfrentando el *manchesterismo*, es decir, la libertad económica sin restricciones.

Esa libertad es la consecuencia de la racionalización formal de la economía, es decir, la consecuencia de que una esfera, la económica, siga su propia legalidad interna, cuya consigna es la maximización de utilidades. El propio Weber señalaba en 1904, al referirse a los terratenientes que contrataban mano de obra polaca, que “se comportan como cualquier hombre de negocios, y de este modo deben actuar”, siguiendo “[e]l principio capitalista de la ‘mano de obra más barata’” (1946: 382 ss. [1985: 159 ss.]). El capitalista agrario se amolda a la lógica del capital y debe hacerlo si quiere ser exitoso en los negocios. De no hacerlo, si privilegiara lo nacional, estaría mezclando esferas con lógicas distintas, en desmedro de ambas. Es el propio Weber el que analizaba esta división de esferas, distintiva de la Modernidad, en la *Zwischenbetrachtung* de sus ensayos sobre religión.

Consecuentemente, si observamos las premisas para el funcionamiento de las empresas capitalistas que Weber planteaba en su *Historia económica general*, encontramos entre ellas la libertad mercantil, es decir, la ausencia de cualquier limitación irracional al tráfico de mercancías —también al mercado libre de trabajo— (cfr. Weber, 1958: 239 ss. [1997b: 237 ss.]). Dichas premisas apuntan, todas ellas, a la tendencia a la calculabilidad por parte de la empresa capitalista moderna, la cual está asociada al libre mercado de pro-

ductos; refieren todas a lo que Weber denomina racionalidad formal. También en *Economía y sociedad*, al analizar el cálculo de capital, destaca que el grado máximo de racionalidad formal se alcanza, entre otros supuestos, cuando hay una completa ausencia de regulaciones al consumo, producción o precio, y de otras normativas que limiten el libre acuerdo de las condiciones de cambio (Weber, 1980: 94 [1992: 131]). Como apunta Mommsen, “el máximo de ‘racionalidad formal’ del sistema económico sólo podía lograrse cuando el intercambio de bienes orientado por el mercado fuera sin inhibiciones” (Mommsen, 1984: 104). Esto aparece largamente desarrollado en el segundo capítulo de la primera parte de *Economía y sociedad*: “Las categorías sociológicas fundamentales de la vida económica”. No hay aquí, a lo largo de este extenso apartado, casi menciones específicas a la nación, aunque la distinción entre racionalidad formal y material, ésta condicionada por valores, permite orientarnos en lo que nos interesa (*cf.* Weber, 1980: 44 ss. [1992: 64 ss.]). Pues en este último caso, el de la racionalidad material, el criterio no reside exclusivamente en el cálculo, sino que entran en consideración exigencias “éticas, políticas, utilitarias, hedonísticas, estamentales, igualitarias o cualquier otra” (Weber, 1980: 45 [1992: 64]). Como en todo este capítulo, lo nacional no tiene un lugar destacado, apenas algunas menciones. Lo que sí es claro aquí, es que “aquellos casos políticamente orientados [...], son, desde el punto de vista económico, irracionales” (Weber, 1980: 96 [1992: 134]). Por eso, agrega casi al finalizar el capítulo que el capitalismo racional no se ha desarrollado en muchas circunstancias, y que “el contenido material de la política económica [...] la que puede estar muy fuertemente orientada también por objetivos extra-económicos”, ha tenido, junto a otros factores, “un papel central en las limitaciones a un desarrollo autóctono de un capitalismo de tipo moderno” [Weber, 1980: 118 [1992: 164]].

Es decir, que el proteccionismo económico, las políticas de comercio exterior que tienden a resguardar la producción nacional, basándose en una valoración de lo nacional, socavan el cálculo meramente económico, la racionalidad formal.

En relación con los campesinos polacos, una restricción como la que Weber planteaba frente a su inmigración —cerrar las fronteras—, constituía una limitación al desarrollo de la racionalidad empresaria, a la rentabilidad de los terratenientes alemanes. Si la racionalidad de la economía es, al igual que el desarrollo de la burocracia, una tendencia histórico-universal, asentada en un proceso que se desarrolla desde hace milenios; si es la expresión de un poder, lo racional, que determina, y lo ha hecho siempre, las conductas de vida de los individuos (*cf.* Weber, 1988b: 537 [1998b: 528]), y que específicamente ha encontrado en Occidente condiciones particulares para desplegarse,

debemos explicar por qué, en este caso, Weber brega por esta irracionalidad. La referencia que hicimos a la *Historia económica general*, el curso dado en Múnich en el invierno 1919-1920, es significativa, porque si bien en el momento de su investigación sobre la situación al este del Elba, Weber estaba lejos de tener una mirada sobre el proceso histórico-universal de racionalización, sobre la división de esferas en la Modernidad, dicho proceso había sido una de sus mayores preocupaciones, si no la mayor, en su última década.

Volviendo a la “Lección inaugural” que Weber daba al asumir su cátedra en Friburgo en 1895, se preguntaba allí qué debe hacerse frente a la inmigración polaca, “desde el punto de vista de la alemanidad” (*Standpunkt des Deutschtums*). Sus propuestas fueron cerrar la frontera oriental, de cuya apertura sólo sacaban ventaja los empresarios terratenientes, y que el Estado compre tierras y las colonice con campesinos alemanes (Weber, 1988c: 10 [1991a: 79 ss.]). Este problema, agregaba, se presenta a todos aquellos para los que la alemanidad en el Este es algo que debe ser protegido, y como “la esencia de nuestro Estado es ser un *Estado nacional*, esto nos da el derecho a plantear esta exigencia” (Weber, 1988c: 11 [1991a: 81]). Concluye preguntándose si, para la política económica, “[j]uicios de valor de este tipo son prejuicios de los que deba cuidadosamente desprenderse, para poder encarar, sin influencias de reflejos sentimentales, los hechos económicos” (Weber, 1988c: 11 ss. [1991a: 82]). La respuesta a esto es que:

en tanto que ciencia que explica y analiza, la economía política (*Volkswirtschaftslehre*) es *internacional*, pero apenas emite *juicios de valor*, está asociada a aquella acuñación de la humanidad que encontramos en nuestra propia esencia. [...] la política económica de un Estado de naturaleza alemana, así como los criterios de valor de un teórico alemán de la economía política, solamente pueden, por lo tanto, ser alemanes. (Weber, 1988c: 13 [1991a: 83 ss.])

Tendencia inequívoca a la racionalización de la economía, al cálculo en aras de maximizar el beneficio, por un lado; y defensa de lo nacional, socavando esa racionalidad, por otro. También podemos apreciar esta tensión en la conferencia que Weber dio en Viena a los oficiales del ejército austro-húngaro a mediados de 1918. Frente a éstos, enfatiza cómo la ventaja del capitalismo sobre otros sistemas económicos reside en su racionalidad formal y en el cálculo. Sólo éste es capaz de racionalizar todas las operaciones económicas. Su argumentación contra el socialismo —objeto fundamental de su disertación— se basó centralmente en los costos que éste supone en términos de eficiencia, y en contraste con la que brinda la racionalidad capitalista (*cf.* Weber, 1988m: 497 ss. [1991c: 314 ss.]). Lo que nos interesa resaltar es que

este énfasis en los límites a la eficiencia racional cuando se trata del socialismo, está por completo ausente cuando lo que está en juego es la alemanidad: nunca el interrogante por esa eficiencia interfirió en la importancia que atribuyó a la nación, ni en su énfasis en rechazar políticas que no tengan a ésta como fundamento principal.

Estos pasajes muestran a las claras dos criterios distintos, separados, que conviven en su propio lugar como intelectual, exponen su propia dualidad. Ahora bien, señala Weber, de un intelectual se exige que exponga el núcleo íntimo de sus juicios, los ideales a partir de los cuales valora los fenómenos observados (Weber, 1988c: 16 [1991a: 88]), y esto es lo que él persistentemente hizo, exponiendo sus ideales nacionales en cada una de sus intervenciones. Sus ideales no pretendían, ni tenían por qué hacerlo, inscribirse en el proceso de racionalización, al que sin embargo veía científicamente como ineludible.

Los sentimientos nacionales están, más bien, teñidos de ribetes irracionales. Como sostiene Breuer, “[l]a nación es una comunidad de tipo sentimental que también puede ser interpretada racionalmente, pero que en principio es comunitarización” (Breuer, 1996: 134).

Prosiguiendo esta línea de análisis, Sam Whimster vinculaba las comunidades de memoria —*Erinnerungsgemeinschaften*—, a las que Weber consideraba decisivas en la conformación de una conciencia nacional, con el constructivismo en la concepción de la nación de Benedict Anderson (*cf.*: Whimster, 1998: 73).¹⁵ Entre los aspectos que constituyen el imaginario de las nacionalidades, Anderson se detiene en que la nación se imagina a sí misma como comunidad —aspecto que a la vez da título a su célebre libro de 1983: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*—. Es que más allá de las desigualdades a su interior, incluso de la explotación de un sector por otro, señala Anderson, “la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”. Esto, agrega, es lo que permitió que en los dos últimos siglos “tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestos a morir por imaginaciones tan limitadas” (Anderson, 2005: 25). Es por esta razón que amerita detenerse en el concepto de comunidad para explicitar la tensión que estamos analizando.

Como ha mostrado Werner Cahnman, en la segunda parte de *Economía y sociedad*, la parte escrita antes de la guerra, Weber utiliza el término *Gemeinschaft* en un sentido pre-tönniesiano, es decir, en el sentido general de un grupo social (Cahnman, 1995: 117). La idea de *Erinnerungsgemeinschaften* a la que hicimos referencia, se encuentra justamente en el capítulo

¹⁵ Para el concepto de comunidades de memoria en Weber, *cf.*: Weber (1980: 515 [1992: 662]).

“Comunidades políticas”, perteneciente a dicha segunda parte. Esto habilitaría a quitarle el contenido específico al término de comunidad usado aquí por Weber. Sin embargo, cuando Weber en la primera parte de *Economía y sociedad*—ahora sí remitiendo explícitamente a Tönnies— define sociedad y comunidad, mientras que para la *Vergesellschaftung* hace énfasis en sus características racionales, para la segunda, la *Vergemeinschaftung*, se apoya en fundamentos afectivos, emotivos y tradicionales, para lo cual da como ejemplo, entre otros, el de la comunidad nacional (cfr. 1980: 21 ss. [1992: 33]). Acá la diferenciación entre sociedad y comunidad radica en la racionalidad del primero, en contraposición a los fundamentos no racionales del lazo comunitario.¹⁶ Lo nacional remite a lo comunitario, y esto a la preeminencia de lazos afectivos y sentimentales, a “un tipo específico de pathos”, como hemos visto.

Comparando el proceso de surgimiento de la nación en Alemania y en Francia, Breuer encuentra en el primer caso una persistencia de magnitudes religiosas que, en un contexto de secularización, se enfocaron en lo nacional. De ahí, sostiene, que en este país la nación pasó a corporizar una instancia carismática: “un mundo de la *communitas* espontánea en contraposición a la sociedad y al Estado” (Breuer, 1996: 129). Y esto se prolonga a la época de Weber, es parte de su contexto: “La larga sombra que lanzó la religión especialmente sobre el concepto de nación es bien reconocible aún en el Segundo Imperio” (Breuer, 1996: 126). Luego de analizar el papel que Richard Wagner le asignaba al teatro,¹⁷ Breuer culmina afirmando: “La constitución de la nación [...] sucedió en la Alemania de Wagner como organización estética y como generación ritual de una comunidad ‘extraordinaria’, es decir, carismática” (Breuer, 1996: 127).¹⁸ En Weber, en la esfera de las relaciones interestatales existe siempre un fuerte elemento carismático, más allá de los aspectos racionales que esas relaciones suponen. Esto resulta fundamental para comprender el énfasis en lo nacional, y en particular su entusiasmo con

¹⁶ Es interesante, para nuestros propósitos, que Weber destacaba aquí que la situación homogénea y el sentimiento de comunidad se constituyen ante la presencia de otro. Hemos visto, en lo que acá nos compete, que el sentimiento nacional está asociado a la presencia de otras naciones. Esto refuerza la idea del carácter comunitario del lazo en torno a la nación.

¹⁷ Para el compositor de Bayreuth, el teatro era “redentor de la vida”. Esta concepción del arte es completamente análoga al sentido que Weber le asignaba a la esfera estética en la *Zwischenbetrachtung* (cfr. Weber, 1988b: 554 ss. [1998b: 544 ss.]).

¹⁸ Encontramos en estos profundos lazos entre carisma, nación y redención artística una buena razón para haber escogido el epígrafe de este artículo. Aspectos fundamentales de la relación entre los tres surgen del análisis que hace Weber del desarrollo moderno de las esferas política y estética en la ya mencionada “*Zwischenbetrachtung*”.

la Gran Guerra. Ésta, señala Breuer, “es apropiada para romper la inevitable congelación de las relaciones sociales...” (Breuer, 1996: 138).

En efecto, en las posiciones durante la guerra pueden encontrarse muchos aspectos que no resisten un análisis racional. Incluso las tareas que le fueran asignadas durante la misma en Heidelberg, la administración de un hospital militar, poco tiene de la asignación racional de recursos que caracteriza a la eficiencia moderna: se siente muy bien en ese puesto, incluso aunque “cualquier inspector lo podría haber hecho”, como le escribe a su madre en abril de 1916 (cit. en Marianne Weber, 1984: 541 [1995: 526]). El final de la guerra brinda también muchos ejemplos de lo mismo. Como surge del análisis de Mommsen de sus intervenciones más o menos públicas en este periodo, la resistencia de Weber a aceptar las condiciones que las potencias triunfantes querían imponerle a Alemania —llegando incluso a sostener la posibilidad de declarar una Alemania irredenta—, de haber sido producto de una sobria evaluación racional que mide las consecuencias de una acción, no podrían haber sido defendidas por él pues hubieran llevado a la destrucción del Reich. El rechazo debido a razones nacionalistas entraba aquí en una aguda tensión con el análisis racional (cfr. Mommsen, 1984: 320). La ética de la convicción se imponía aquí sobre la ética de la responsabilidad, la que debe sopesar los resultados de la acción.

Claves para suturar dos ejes en tensión

En lo que sigue, propondremos diferentes claves que permiten interpretar la tensión que venimos de desarrollar, o, más concretamente, la insistencia de Weber en posiciones que enfrentan una tendencia que él mismo ve como irreductible. Es a partir de la conjunción de estas claves que podemos entender su perspectiva política.

En cualquier caso, no puede perderse de vista que Weber escribió enfáticamente en contra de la idea de que las valoraciones pudieran ser derivadas de tendencias de desarrollo, por unívocas que éstas sean. Tampoco el científico, enfatizaba, tiene por qué adecuarse a una tendencia, dado que los valores se dirimen en la conciencia de cada cual y no los puede refrendar la ciencia (cfr. Weber, 1985: 513 ss. [1997: 243 ss.]). En este marco, en lo que sigue nos detendremos en claves interpretativas de sus posiciones.

El lugar de Alemania en Europa. En primer lugar, hay un aspecto concreto e inmediato por el cual Weber creía necesario oponerse a la burocratización pese a su carácter, como vimos, inevitable en la Modernidad. Su prédica a favor de políticos profesionales que tengan en sus manos el destino de la na-

ción alemana, y que enfrenten la burocratización, apunta a posicionar mejor a Alemania en el contexto europeo. En “Parlamento y gobierno...”, también en otras intervenciones, sostenía explícitamente que una nación “que *sólo* produjera buenos funcionarios, una burocracia calculable [...] y permita una *dominación sin control de los funcionarios*” debiera mejor resignarse a no ocuparse de la política mundial (Weber, 1988h: 247 ss. [1991b: 298]; *cf.* también 1988g: 289 [1982b: 214 ss.]). El cambio de posición en relación con el Parlamento y la preeminencia del líder carismático en el esquema de gobernabilidad que presentan sus últimos textos se enmarca parcialmente en esta preocupación. Se trata, en otras palabras, de posicionar mejor a Alemania en una situación de competencia entre naciones: económica, cultural y también militar.

Un obstáculo al desencantamiento. Pero, aunque naturalmente importante, su inquietud no estuvo ceñida en absoluto, como veremos, a la situación inmediata de su país. Analizando las posiciones políticas de Weber, Schroeder señala que el llamado a un liderazgo fuerte no puede ser leído sólo como una respuesta a la coyuntura alemana. Mayor peso, afirma, tiene su concepción de la lucha entre carisma y rutinización; sus intervenciones políticas estuvieron subordinadas a su caracterización más amplia de una vida social moderna crecientemente impersonal y desencantada, a la que buscaba contraponer una cultura política nacional dinámica (Schroeder, 1992: 116).

La perspectiva histórico-universal de Weber, su caracterización de la burocratización en todas las esferas sociales, la pérdida de toda libertad individual, la ineludible carcasa acerada que aprisiona al individuo moderno y de la cual ya ni siquiera quiere deshacerse, parecen encontrar en la exacerbación de los valores nacionales, en su irracionalidad, un atenuante. La nación, en su carácter comunitario, valorativo, puede lentificar parcialmente ese proceso, avivar sentimientos y alejar, aunque más no sea algo, la inexorable servidumbre del futuro.

Como afirmaba Weber en 1909, en una reunión en Viena de la *Verein für Sozialpolitik*, “el mundo ya no conoce más que estas personas del orden —en este desarrollo estamos sin duda inmersos, y la pregunta central es [...] qué es lo que tenemos para *oponerle* a esta maquinaria, para mantener libre un resto de humanidad de esta parcelización de las almas, de este dominio pleno de los ideales de vida burocráticos” (Weber, 1988l: 414). En segundo lugar, entonces, interpretamos que el enaltecimiento de lo nacional es un esfuerzo por trabar su desarrollo, por buscar que a ese proceso hacia la *stahlhartes Gehäuse* se le opongan tendencias contrarrestantes. El sentimiento nacional, los valores ligados a la alemanidad, son un lazo social que mantiene vivo un momento de la comunidad, que permite que la vida social no avance a la pu-

ra instrumentalidad. Claro que, como concluye Schroeder, aunque Weber estuvo a favor de políticas que frenen la rutinización, tenía no obstante pocas esperanzas en un quiebre carismático (Schroeder, 1992: 120).

De ahí que, en esto, Weber podría ser visto, como de hecho lo caracteriza Whimster, como “quijotesco”: “el problema con la posición de Weber es que no es consistentemente realista” (Whimster, 1998: 74). Esto nos lleva a un tercer aspecto sobre la tensión que presentamos.

El sujeto moderno. Creemos que encontrar una síntesis a esta tensión, manteniéndose en el horizonte weberiano, supone también indagar en el resquicio individual por medio del cual el sujeto moderno busca aferrarse a un resto de libertad. Wolfgang Schluchter ha mostrado cómo las dos célebres conferencias de Weber sobre la profesión/vocación del científico y del político son una clave para comprender los problemas centrales de la cultura moderna. En ese sentido, señalaba, son una respuesta a la situación política y espiritual de su tiempo (Schluchter, 1994: 91). Dichas respuestas encierran, sin duda, un posicionamiento de Weber, en tanto que científico y político.¹⁹ Es indudable que un individuo como el que alienta Weber en dichas conferencias no puede permanecer pasivo y dejarse arrastrar por un mundo al que ve caminar sin dilaciones hacia la servidumbre del futuro, hacia la decadencia. Y, efectivamente —y esto es lo que veremos en lo que sigue—, él mismo actúa en consecuencia. La caracterización de Whimster, “quijotesco”, remite a la defensa que el propio Weber hacía, remitiendo al personaje de Cervantes, de quien defiende sus valores más allá de que éstos se opongan a una tendencia científicamente corroborable (Weber, 1985: 513 [1997a: 243]).

Encontramos aquí, entonces, también un aspecto personal, existencial, ligado a su concepción de las características del individuo moderno. Nos apoyamos para esto en el clarificador análisis que Yolanda Ruano de la Fuente realizó sobre dicha concepción. Para Weber, señalaba Ruano, la auténtica esencia de la personalidad se expresa en la devoción responsable del individuo a una causa. Ésta debe estar arraigada en los valores últimos del individuo, es decir, en los términos de Weber, en los propios dioses y demonios. Una tarea, por lo tanto, opuesta a la pragmática tendencia a adaptarse a lo que hay, y en este sentido, quijotesca. En este caso, la defensa axiomática de lo nacional se opone claramente al proceso histórico-universal de racionalización, a sus tendencias en lo económico, a su instrumentalización creciente. La tarea del sujeto moderno reside en la “sistematización de la vida desde principios,

¹⁹ La convocatoria del *Freistudentischen Bund* de Bavaria incluía una serie de conferencias sobre diversos trabajos intelectuales, entre las cuales a Weber se le solicitó la del científico y la del político. La propuesta de la organización estudiantil era que los disertantes hablaran también desde su experiencia personal.

desde ideales supremos, que efectivamente ausentes de toda fundamentación sustantiva, *valen como imperativos* para adquirir la libertad y la dignidad que nos pertenecen” (Ruano de la Fuente, 2001: 172 ss.). El compromiso político de Weber, manifestado en su prioridad por la nación alemana —en sus actividades, en sus escritos y en la Gran Guerra—, fue su *imperativo* permanente. Su dignidad como individuo moderno, entendida en sus propios términos, se jugó en ese ideal y determinó su posicionamiento.

De lo que se trata aquí es de la resistencia, también la del propio Weber, a devenir en un *Fachmensch ohne Geist*, en un *Genussmensch ohne Herz* (especialista sin espíritu, hedonista sin corazón), como caracterizaba célebramente el autor al individuo moderno, encerrado en su carcasa de acero, al finalizar “La ética protestante...” (Weber, 1988a: 203 ss. [1998a: 200]). Por eso, señala Ruano de la Fuente, “dar un sentido a la propia vida y ejercer una profesión como especialista no son cuestiones irreconciliables”, así como, continúa, “tener ideales, sustentarse en las convicciones más elevadas, no puede reñirse con dominar teórico-pragmáticamente un mundo, ciertamente siempre ajeno a ellos” (Ruano de la Fuente, 2001: 176). “Aquél que se afana siempre aspirando a un ideal, podemos nosotros salvarle”, hacía decir Goethe a los ángeles en relación con la inmortalidad de Fausto (cit. en Ruano de la Fuente, 2001: 234). Probablemente resida aquí la respuesta a la pregunta que, como vimos, Weber formulaba en “Parlamento y gobierno...”: aferrarse al propio dios, en contra de otros, pero sin que la ciencia pueda dirimir esta contienda, es la forma de salvar un resto de libertad individual frente a un mundo de burocratización creciente.

Así, obstinarse en su profundo sentimiento nacional, poner a éste por delante de las tendencias que veía desarrollarse ante sí, mantenerlo frente a una burocratización —ante sus propios ojos— ineludible, es la respuesta de Max Weber a cómo comportarse en tanto que individuo frente a la tragedia de la Modernidad: una forma moderna y secularizada de alcanzar *un resto de libertad*.

Recibido: marzo de 2014

Revisado: mayo de 2014

Correspondencia: Honorio Pueyrredón 1815/1414 Ciudad de Buenos Aires/
Argentina/correo electrónico: eduardoweisz@hotmail.com

Bibliografía

- Anderson, Benedict (2005), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE.
- Beetham, David (1979), *Max Weber y la teoría política moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Breuer, Stefan (1996), *Burocracia y carisma. La sociología política de Max Weber*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim.
- Cahnman, Werner J. (1995), *Weber and Toennies*, New Brunswick, Transaction Publishers.
- Campi, Alessandro (2006), *Nación. Léxico de política*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Mommsen, Wolfgang J. (1992), *The Political and Social Theory of Max Weber*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Mommsen, Wolfgang J. (1984), *Max Weber and German Politics. 1890-1920*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Ruano de la Fuente, Yolanda (2001), *La libertad como destino. El sujeto moderno en Max Weber*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Schluchter, Wolfgang (1994), “Nachwort”, en Wolfgang J. Mommsen y Wolfgang Schluchter (eds.), *Wissenschaft als Beruf. 1917/1919. Politik als Beruf. 1919, Studienausgabe der Max Weber-Gesamtausgabe, Band I/17*, Tübinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 89-116.
- Schroeder, Ralph (1992), *Max Weber and the Sociology of Culture*, Londres, SAGE.
- Weber, Marianne (1984), *Max Weber. Ein Lebensbild*, Tübinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) [(1995), *Biografía de Max Weber*, México, FCE].
- Weber, Max (1988a), “Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus”, en Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie, I*, Tübinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 17-206 [(1998a), “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, en Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión, I*, traducción de José Almaraz y Julio Carabaña, Madrid, Taurus, pp. 25-202].
- Weber, Max (1988b), “Zwischenbetrachtung. Theorie der Stufen und Richtungen religiöser Weltablehnung”, en Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie, I*, Tübinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 536-573 [(1998b), “Excurso. Teoría de los estadios y direcciones del rechazo religioso del mundo”, en Max Weber, *Ensayos sobre sociología de la religión, I*, traducción de José Almaraz y Julio Carabaña, Madrid, Taurus, pp. 527-562].
- Weber, Max (1988c), “Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tübinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 1-25 [(1991a), “El Estado nacional y la política alemana”, en Joaquín Abellán (ed.), *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, pp. 61-100].
- Weber, Max (1988d), “Zur Gründung einer National-Sozialen Partei”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tübinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 26-30.
- Weber, Max (1988e), “Bismarcks Außenpolitik und die Gegenwart”, en Johannes

- Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 112-129.
- Weber, Max (1988f), “Zwischen zwei Gesetzen”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 142-145 [(1982a), “Entre dos leyes”, en José Aricó (ed.), *Escritos políticos, I*, México, Folios, pp. 30-34].
- Weber, Max (1988g), “Wahlrecht und Demokratie in Deutschland”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 245-291 [(1982b), “Derecho electoral y democracia en Alemania”, en José Aricó (ed.), *Escritos políticos, I*, México, Folios, pp. 167-217].
- Weber, Max (1988h), “Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 306-443 [(1991b), “Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada”, en Joaquín Abellán (ed.), *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, pp. 101-300].
- Weber, Max (1988i), “Deutschlands künftige Staatsform”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 448-483 [(1982c), “La futura forma institucional de Alemania”, en José Aricó (ed.), *Escritos políticos, II*, México, Folios, pp. 253-293].
- Weber, Max (1988j), “Politik als Beruf”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 505-561 [(1998c), “La política como vocación”, en Max Weber, *El político y el científico*, traducción de Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza, pp. 79-180].
- Weber, Max (1988k), “Entwicklungstendenzen in der Lage der ostelbischen Landarbeitern”, en Marianne Weber (ed.), *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 470-507.
- Weber, Max (1988l), “Diskussionsreden auf den Tagungen des Vereins für Sozialpolitik”, en Marianne Weber (ed.), *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 394-430.
- Weber, Max (1988m), “Der Sozialismus”, en Marianne Weber (ed.), *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 492-518 [(1991c), “El socialismo”, en Joaquín Abellán (ed.), *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, pp. 301-349].
- Weber, Max (1985), “Der Sinn der ‘Wertfreiheit’ der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften”, en Johannes Winckelmann (ed.), *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), pp. 489-540 [(1997a), “El sentido de la ‘neutralidad valorativa’ de las ciencias sociológicas y económicas”, en Max Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, traducción de José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 222-269].
- Weber, Max (1980), *Wirtschaft und Gesellschaft*, edición de Johannes Winckelmann, Tubinga, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) [(1992), *Economía y sociedad*, traducción de José Medina Echavarría et al., México, FCE].
- Weber, Max (1958), *Wirtschaftsgeschichte*, Berlín, Duncker & Humblot [(1997b), *Historia económica general*, traducción de Manuel Sánchez Sarto, México, FCE].

- Weber, Max (1946), "Capitalism and Rural Society in Germany", en Hans H. Gerth y Charles Wright Mills (eds.), *From Max Weber*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 363-385 [(1985), "Capitalismo y sociedad rural en Alemania", en Max Weber, *Ensayos de sociología contemporánea, II*, traducción de Mireia Boffill, Barcelona, Planeta-Agostini, pp. 133-162].
- Weisz, Eduardo (2011), *Racionalidad y tragedia. La filosofía histórica de Max Weber*, Buenos Aires, Prometeo.
- Whimster, Sam (1998), "The Nation-State, the Protestant Ethic and Modernization", en Ralph Schroeder (ed.), *Max Weber, Democracy and Modernization*, Londres, Macmillan, pp. 61-78.
- Zabludovsky Kuper, Gina (2007), "El concepto de burocracia de cara al siglo XXI", en Perla Aronson y Eduardo Weisz (eds.), *La vigencia del pensamiento de Max Weber a cien años de "La ética protestante y el espíritu del capitalismo"*, Buenos Aires, Gorla, pp. 359-377.

Acerca del autor

Eduardo Weisz es doctor en ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires y por la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Es docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires, dedicado a la teoría sociológica y en particular a la obra de Max Weber. Dos de sus publicaciones recientes son, en coedición con Álvaro Morcillo, *Max Weber en Iberoamérica. Nuevas interpretaciones, estudios empíricos y recepción*, México, FCE, en prensa; y "Le judaïsme antique aux origines de la modernité: les desseins de l'étude wébérienne", en Michael Löwy (coord.), *Max Weber et les paradoxes de la modernité*, París, PUF, 2012, pp. 13-36 [traducido al español en M. Löwy (comp.), *Max Weber y las paradojas de la modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2012].